

SUPERAR LOS NACIONALISMOS

MANUEL PARRA CELAYA

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía)

1. A veces, me sobresaltan los amigos que viven fuera de Cataluña cuando me preguntan cómo vivo la situación del *problema catalán*; les respondo, de entrada, que yo resido en una gran ciudad, como es Barcelona, lo que tiene sus inconvenientes y sus ventajas, lo último sobre todo ante el tema separatista.

Distinto sería si viviera en lo que se ha venido en llamar *la Cataluña profunda*, pequeñas o grandes localidades donde la presión política dominante en las instituciones autonómicas y municipales se hace notar constantemente entre los vecinos; prácticamente, en esos lugares parece reinar una *unanimidad* en cuanto a las simpatías nacionalistas; no es así, por supuesto, pero las discrepancias se ocultan, para no ser objeto de una *muerte civil*; mejor pasar desapercibido.

Otra ventaja de vivir en una urbe es que tus relaciones (ahora, mayoritariamente por teléfono o videoconferencia) acostumbran a ser con los afines o con personas de tu total confianza; por otra parte, existe un pacto tácito con allegados o familiares *no seguros* para limitar los contenidos de las conversaciones siempre al margen de lo político, única forma de no romper familias o amistades abruptamente.

La pandemia de la Covid 19 ha tapado, por otra parte, otros temas ciudadanos que antes preocupaban a las gentes; ahora, los diálogos que se oyen por la calle o en el metro suelen versar sobre el resultado de la última PCR, sobre las secuelas de un confinamiento o sobre la validez de las vacunas; algunos, quizás más inquietos, pueden aludir a noticias de otro tipo, pero sin especial fervor partidista. En suma, más o menos como en toda España...

¿Significa que se ha acabado el *problema* mediante la magia desarrollada por el gran gurú que es Pedro Sánchez o por haberse abandonado el *procés* por parte de sus valedores? Ni mucho menos. Eso sí, se ven muchos menos lazos amarillos (los encausados han sido indultados incluso con las bendiciones episcopales), las *esteladas* que penden de algunos balcones están descoloridas o ajadas... Sin embargo, el *problema* sigue ahí, quizás soterrado por las circunstancias, pero que nadie dude que constituye el objetivo permanente de los políticos y que volverá a las calles y a las mentes de los ciudadanos de forma expresa en cuanto convenga, incluso en formas de agitación como las que se vivieron hace un par de años; cualquier excusa va a provocar su reactivación popular, como se ha demostrado recientemente con el tema de la sentencia judicial sobre el 25% de las clases en castellano.

2. ¿El *problema de Cataluña*? O del País Vasco, o de Galicia... En realidad, como he repetido en infinidad de ocasiones, se trata del *problema de España*. A lo mejor, de Europa, para no abarcar otras extensiones geográficas más distantes (¿qué son, si no, los *indigenismos* americanos?). Es el problema de lo que llama Gustavo Bueno los «*nacionalismos fraccionarios*», y los define este filósofo como formas de «*un sustancialismo metafísico situado más allá de la historia*».

Esta definición se puede comprobar en cualquier ingenuo intento de argumentación con sus partidarios, sea la misma de rango estrictamente jurídico, económico o de naturaleza también metafísica pero basada en la historia real; se topa entonces con el muro de un fanatismo que, como tal, no acepta razonamientos. El diálogo llega a ser inútil del todo, pues *siempre prevalecen en el oponente los sentimientos desbordados*; como se dirá más adelante, es incluso contraproducente enfrentar otros sentimientos.

No olvidemos que al nacionalismo es hijo del romanticismo, y este se basa en el reinado de la emotividad; ya se han encargado de avivar periódicamente los sentimientos quienes especulan con las masas populares para sus propios intereses,

Decía que la existencia –y la reactivación actual– del *nacionalismo fraccionario* es un problema español, europeo y casi universal, que puede adoptar más o menos saña según los contextos y las circunstancias; su inevitable trasfondo étnico queda disimulado en nuestros ámbitos occidentales, reemplazado por su sucedáneo lingüístico («*La lengua es la señal de la raza*», decía Antoni Rovira i Virgili), por el reivindicativo en cuestiones sociales, por movimientos fronterizos o por cualquier otra cuestión, venga o no a cuento.

De estas maneras, el gobierno de la Generalidad catalana no ha cedido ni un ápice en su presión sobre la sociedad, aunque esté sumergido en luchas partidistas por el poder: fiscalización lingüística (que incluso quiere invadir la esfera familiar y privada), control de las aulas y de los medios de información, mediante subvenciones generosas, adoctrinamiento masivo a través de TV3 o Cataluña Radio..., y todo ello sin perder de vista la *mesa de negociación* con el gobierno central, que, en realidad, es un chantaje por ambas partes: unos para obtener el apoyo parlamentario y otros para permanecer intocables y rapiñar ventajas económicas; no exageramos ni descubrimos nada nuevo al afirmar que el separatismo, hoy por hoy, es un aliado del Ejecutivo español.

Las preguntas que surgen a continuación son de gran calado: ¿hasta cuándo? ¿Cuál es el futuro de esta España sometida a los nacionalismos por mor de su estructuración autonómica actual y de las leyes electorales? ¿Puede revertirse la situación con otro gobierno nacional? Y, la más importante, ¿pueden *vencerse* las tendencias disgregadoras?

3. A esta última pregunta, los más cándidos suelen especular con estadísticas y encuestas: si hay menos partidarios de la segregación, si han crecido las posturas *constitucionalistas*... A mí me causan mucha pena quienes se dan en reflexionar en este sentido: ¿significa eso que, si cambiaran las cifras de partidarios o no de la separación, sería aceptable la posición separatista?

Los más pragmáticos esgrimen la fuerza de las leyes o afirman que debe ser todo el pueblo español quien dé su parecer: ¿quieren decir que si un día, por efectos de una cuidada propaganda o por desinterés, la mayoría de los votantes españoles aceptaran mansamente la ruptura de la unidad nacional, ello sería legítimo a la vez que legal?

Los más ilustrados se contestan con una negativa pesimista y suelen echar mano de la famosa *conllevancia*, término que acuñó Ortega y Gasset en su discurso del 13 de mayo de 1932 en el Parlamento de la II República.

En efecto, allí dijo el filósofo madrileño que «*es un problema que no se puede resolver*»; pero no se limitó a esta afirmación taxativa, sino que pasó a definir el *problema catalán* como forma de «*nacionalismo particularista*», como fenómeno de *intensidad variable*, de *extraña y terrible hiperestesia*. Siguió diciendo que «*siempre hay alguien que se encarga de traducir ese sentimiento en concretísimas fórmulas políticas*». Pero el argumento orteguiano más rotundo lo constituyó la defensa de la *unidad de soberanía* y el componente de *ciudadanía*, que son privativos del Estado español.

Ortega creyó que la solución sería la concesión de autonomía a todas las provincias y regiones, como medio para sacudir a los españoles la pereza y de la inercia de la vida nacional; no se trataba de un privilegio, sino de un acicate regeneracionista. El *café para todos* de Suárez fue lo contrario: solo sirvió para dar alas a los *provincialismos* y *particularismos*, algunos de ellos francamente derivados en separatismos in crescendo, como ha sido el caso de Cataluña.

Para terminar con la referencia del discurso, no se puede obviar la conclusión que ofreció nuestro autor a los problemas nacionalistas:

El nacionalismo requiere un alto tratamiento histórico; los nacionalismos solo pueden deprimirse cuando se envuelven en un gran movimiento ascensional de todo un país, cuando se crea un gran Estado, en el que van bien las cosas, en el que ilusiona embarcarse porque la fortuna sopla en sus velas. Un Estado en decadencia fomenta los nacionalismos; un Estado en buena ventura los desnubre y los reabsorbe (...). Lo importante es movilizar a todos los pueblos españoles en una gran empresa común.

4. Es curioso constatar que, históricamente, en los precedentes de la generación de Ortega se había advertido la presencia de un cierto catalanismo dubitativo entre el apartamiento o la *regeneración* de España.

Acudamos a Joan Maragall, desde su poema *Oda a Espanya* (que los separatismos se empecinan en leer en clave favorable a sus intereses):

España, España, vuelve a ser tú, / ¡broten tus lágrimas de madre! / Sálvate, sálvate, de tanto mal; te haga el llorar fecunda, alegre y viva; / piensa en la vida que en torno tienes, / alza la frente; / sonrío a los siete colores de las nubes.

O en su artículo *Visca Espanya*, donde afirmaba:

Ahora seremos nosotros los primeros en gritarlo a todo aquel que se nos acerque: así le pediremos el santo y seña. No como antes que muchos querían hacérselo gritar como un inri, porque España querían ser ellos. Ahora podemos

enseñar lo que gritamos; porque «Viva España» ya no es un grito trágico, ya no es un eco del vacío, ya no es un símbolo de las políticas funestas [...].

Iguals ideas encontraríamos en el texto de *La Patria Nueva*.

También se puede comprobar en su copiosa correspondencia con Miguel de Unamuno, como en la carta de 7 de marzo de 1907:

Siempre me parece que V. es el único español vivo... en cuanto español, pues ya me comprende V. que, si algo hay aquí en Cataluña, representa, al menos por ahora, una disgregación, aunque los más afectuosos la creamos precedente de una integración nueva. Pero aquella ya sería otra España.

En efecto, el poeta catalán aseguraba en un artículo de 7 de agosto de 1911: «Y esta es nuestra España, sí, la nuestra, la que todos los llamados españoles, y aun de aquellos que lo son sin ser así llamados».

Claro que esta vertiente regeneracionista del catalanismo primigenio del siglo xx es inconcebible en la Cataluña y la España de hoy; y que no se repita el tópico de que la culpa es del Régimen de Franco, sino que el renacer del nacionalismo separatista, ese *revival* del apartamiento, es producto de los gobiernos autonómicos y nacionales desde la Transición; el Plan Pujol, cuyo fruto fue el *procés* del golpe de Estado de 2017, lo dice bien a las claras, mientras su creador era elegido *español del año* y gozaba de la amistad y la confianza de las más altas autoridades de España. Consúltense los resultados electorales de los partidos separatistas desde 1977 hasta la actualidad para comprobarlo...

5. Pero, al tratar el tema de los nacionalismos actuales, no se puede eludir la presencia de intereses internacionales, mejor *globalizadores*. Parece una paradoja, pero no lo es en su fondo. Por una parte, la Globalización propone un mundo sin fronteras, las llamadas *sociedades abiertas*, pero, por otra, persigue la debilitación de los actuales Estados-nación, y nada mejor para ello que azuzar a los pueblos que los componen para que busquen su fraccionamiento y desintegración.

Es ya antigua la insistencia en situar una *Europa de los Pueblos* frente a la *Europa de las Naciones*; en unos casos, en los que el Estado Nacional tiene arraigada su unidad y su fortaleza, la tarea es más difícil; España, tanto por su debilidad como por su importante posición geoestratégica, sigue siendo el *campo de pruebas* preferido; la construcción del Estado de las Autonomías, y especialmente su derivación, alentó estos propósitos.

Claro que el miedo a la *Aldea Global* puede soliviantar a las *Pequeñas Aldeas* a buscar su *identidad*; pero, insistimos, el proceso de deconstrucción de las naciones es un objetivo para alcanzar por las oligarquías globalizadoras. La izquierda colabora eficazmente con sus propuestas de un *federalismo asimétrico* (en realidad, confederalismo) y la extrema izquierda, por su parte, protege a las *minorías irredentas*, cuando no se alinea directamente con los separatismos.

En el caso de Cataluña esto es paradigmático; desde una supuesta *rebelión no violenta* o *de las sonrisas* (desmentida luego por las agitaciones callejeras), los poderes autonómicos siguen empeñados en su negación de España como nación y en la deslegitimación de su Estado. Esto fue apoyado desde *fuera*, sin que quedaran

precisadas aún las influencias; salió a relucir, por ejemplo, la Rusia de Putin o el omnipresente Soros. Nunca lo sabremos con seguridad, pero, como en el caso de las meigas, podemos decir que *haberlas haylas*; podremos dudar de sus promotores, pero en ningún caso de la intención.

Añadamos que, a todo esto, la derecha solo opone una defensa a ultranza de la Transición y de sus *logros*, y en el *patriotismo constitucional*, que nunca puede sobrepasar al fervor sentimental y fanático de los nacionalismos.

6. Ese nacionalismo se ha convertido en uno de los peores componentes del histórico *problema español*. A él se le quiere oponer la fuerza de las leyes, lo que es inmediatamente contestado arguyendo que se trata de la *judicialización de un tema político*. Los sectores denominados *constitucionalistas* exponen sus razones *democráticas* (respeto a la Constitución y acatamiento a los tribunales), lo que *resbala* completamente a los separatistas; eso sí, aquellos aúnan un acendrado *españolismo*, como sentimiento, con lo que vuelva a plantearse la inutilidad de oponer una emotividad a otra, porque, en el choque, suelen prevalecer los sentimientos más primarios, aquellos que se sostienen en elementos *nativos, espontáneos*.

A todo esto, las corrientes inmigratorias (antaño, los propios españoles de otras regiones; hogaño, los procedentes del mundo árabe o subsahariano, incluso los hispanoamericanos) se adaptan y llegan a asimilar el nacionalismo, sea por motivos de ignorancia, sea por dádivas prometidas. Por ello, es mucho más exacto hablar del *separatismo en Cataluña* que del *separatismo de Cataluña*, teniendo en cuenta especialmente la gran cantidad de catalanes de origen que rechazan ese separatismo. Ojalá todos los españoles de más allá del Ebro dejaran la odiosa generalización de *los catalanes* para referirse a los nacionalistas, muchos de ellos andaluces, extremeños... o chilenos reconvertidos.

El *españolismo constitucionalista* solo cobra fuerza en situaciones-límite o con ocasiones puramente folclóricas (victorias de la Selección de Fútbol). Aquellas gigantescas manifestaciones que llenaron las calles de Barcelona tras el golpe de Estado pronto quedaron difuminadas, no solo por los oradores del momento (Borrell y Vargas Llosa), sino por la apatía que reemplazó a los entusiasmos; si en un primer momento llenaron de confusión a los secesionistas, luego, el trabajo constante de estos desde las Instituciones y entidades afines, y la nula ayuda desde los poderes del Estado a las asociaciones cívicas convocantes, las hicieron pasar a la historia como una victoria pírrica.

«Otro tanto puede decirse de las contiendas electores; tras la inútil mayoría de Inés Arrimadas y su posterior *despegue* hacia Madrid, las mayorías parlamentarias en Cataluña siguen siendo separatistas, con la manifiesta imposibilidad de ofrecer un frente unido de signo *españolista y constitucionalista*.

El Gobierno español de Sánchez inauguró las *mesas de negociación* con ERC, ya comentadas; ya dijo el Ministro de la Presidencia, Sr. Bolaños, que «*no nos pidan soluciones en pocos meses*»; entretanto, el separatismo sigue creciendo y actuando, y sus reivindicaciones sobre la *mesa* siguen siendo las mismas: referéndum de

autodeterminación y amnistía para los indultados y prófugos. Eso sí, inteligentemente renuncian a la *vía unilateral* y a nuevas intentonas de golpismo... por el momento.

7. Está visto que los nacionalismos no pueden ser *vencidos* ni solo con la fuerza de las leyes ni únicamente con la oposición sentimental a sus propósitos, y ahí están las razones de Ortega y sus conclusiones en el mencionado discurso ante el Parlamento republicano.

Pero ¿cómo conseguir ese «*gran Estado, en el que van bien las cosas*». El actual Estado español podría ser calificado, según Ortega, de estar «*en decadencia*»; parece utópico suponer que las cosas van a cambiar, incluso si el *Gobierno Frankenstein* es desplazado en la primera ocasión electoral.

Otra pretendida solución es la UE; en este punto, quizás valga un comentario oportuno: la pertenencia de España a la Unión fue decisiva para que los golpistas de 2017 no lograran sus objetivos; y ello a pesar de las constantes zancadillas de países europeos, al rechazar, por ejemplo, la extradición de los fugados; la marca de *Estado democrático* se mantuvo a pesar de los abogados y valederos de Puigdemont en su Waterloo y de los tribunales belgas y alemanes, insensibles a la situación española. Claro que, estratégicamente, también hubiera sido dudoso el procesamiento en España del infrascrito, ya que hubiera servido como acicate de las masas en su victimismo permanente; eso, es evidente, no le interesaba a Sánchez.

La solución –otra cosa es una salida en línea de *conllevancia*– pasa por un fuerte cambio de mentalidad, tanto en las Instituciones del Estado como en los ciudadanos de toda España. Mientras estos mantengan su abulia e indiferencia ante los nacionalismos y aquellas su complicidad interesada, la superación de los nacionalismos se dilatará en el tiempo de forma indefinida.

El Estado español requiere, en primer lugar, *creer en sí mismo*, de donde provendría la fortaleza necesaria para obligar al cumplimiento de las leyes y de las sentencias judiciales; es decir, debe ser consciente del *ser de España*, que no puede estar en almoneda según cambien las mayorías parlamentarias; debe ser consciente –Ortega dixit– que cualquier Autonomía «*el Estado la otorga y el Estado la retrae y a él revierte*», y siempre quedando a salvo los conceptos de soberanía y de ciudadanía, reservados a este Estado y no a las instituciones autonómicas.

Casi lo mismo podría decirse de la Unión Europea: *creer en Europa y en su posible unidad como unidad de destino es incompatible con las «ideologías oficiales» y el sometimiento a poderes globalizadores.*

La conclusión es evidente: en el seno del actual *Sistema* no hay soluciones para superar los nacionalismos, los existentes y los que puedan ir reavivándose según los intereses. Es necesario tener la perspicacia suficiente y el coraje para poner en entredicho los fundamentos de este Sistema y caminar hacia otras alternativas; de momento, las posibles soluciones no serán más que parches, que pueden reprimir –no *deprimir* ni superar por elevación– las tentaciones secesionistas.

Es necesario crear una España y una Europa *armonizadas consigo mismas*, donde los elementos primarios y emotivos de los pueblos y las naciones mantuvieran su idiosincrasia, pero alejaran de sus horizontes la sugestión de *vivir aparte*. «*Ni secar fuentes ni dejarse arrastrar por los torrentes*», dijo Eugenio d'Ors. Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía). Ese es el fondo del problema: del *problema catalán*, del *problema español*, del *problema europeo*.